

**La clave de lectura del capítulo VIII de *Amoris Laetitia***  
**Prof. PIERANGELO SEQUERI**

La eclesiología de la familia, por su parte, parcialmente explorada en las últimas décadas, en el contexto de la reflexión sobre la espiritualidad de los grupos familiares, de la renovación postconciliar de la parroquia, de la posible especificidad de un ministerio conyugal, no parece haber producido todavía una verdadera reorientación de la eclesiología en su conjunto. Tampoco parece estar disponible, en la actualidad, una proyectualidad pastoral significativamente diferente de la forma de iglesia, capaz de habitar y afrontar la nueva condición secular del *ethos* conyugal y familiar, sin limitarse a resistirse o evadirse de la cultura que lo interpreta de diversas maneras.

Pensemos en la oportunidad de leer en esta clave, al menos por un momento, el entero (y fatídico) capítulo VIII. Es decir, leerlo, más allá de las interpretaciones que lo reducen a dos o tres puntos que han polarizado (y sobredeterminado) el conflicto de las interpretaciones relativas a las implicaciones doctrinales y disciplinarias del acceso al sacramento de la reconciliación y a la Eucaristía, a la luz de la doctrina eclesiológica que quiere dirigir y activar. Leámoslo entonces como una representación emblemática de la forma de una iglesia *reunida* en la condición de una sociedad *que ahora se ha transformado* en una sociedad de individuos, en convivencia multicultural, de mestizaje entre secularidad y religión: de familias regulares e irregulares, pero también de no-familias. El estilo en el que la Iglesia se manifiesta y se hace presente en la historia y en las vicisitudes de la familia es un indicador altamente sintomático de la relación que de hecho subsiste entre la transmisión de la fe cristiana y la composición del vínculo social en la condición presente. La profunda falta de comunidades, que señala el problema estructural más grave de la socialización actual, es al mismo tiempo causa y efecto de la vulnerabilidad de la familia en el sistema civil actual: sus mutaciones, de hecho, han afectado directamente la estructura de la relación entre institución familiar, proyecto existencial y orden de afectos. De por sí, la circunstancia rehabilita la vocación de la familia cristiana para convertirse en testigo de una interpretación más profunda de la relación entre individuo, afectos y sociedad, así como de una circularidad más eficaz del *eros*, la *philia* y el *ágape* en la configuración del proyecto familiar del hombre y de la mujer. Esta vocación testimonial sólo puede expresarse en una imagen práctica de la forma eclesial que sea capaz de evidenciar la voluntad de acompañar, acoger, integrar, el proceso de persuasiva conversión a la factibilidad y

belleza de un proyecto conyugal-familiar coherente con la justicia de sus afectos. No sin destacar la voluntad de ofrecer apoyo a sus incertidumbres, curar sus heridas, rescatar sus propios fracasos. Mirándolo bien, esta imagen de la Iglesia es, en realidad, la imagen misma de la Iglesia: un espacio de conversión y un lugar de renacimiento, matriz de familiaridad reconciliada con Dios y con los hombres, una reserva de gracia para la liberación de la presión de conformidad de los poderes mundanos. La Iglesia tiene un título especial para presentarse a sí misma y representar el lugar de la justicia y misericordia de Dios, en el orden de los afectos más queridos y sagrados del hombre. No sólo porque el sacramento cristiano del amor conyugal y familiar está ya, de por sí mismo, predispuesto a la representación e irradiación del *ágape* de Dios que une indisolublemente al Señor y a la comunidad eclesial de creyentes (el “gran misterio” de que nos habla Ef 5), sino también porque la misma vocación de la Iglesia es la de reunir incesantemente a los hijos dispersos en la gran familia de Dios, haciéndolos signo de la unidad del género humano. En esta imagen, que define irremplazablemente la auténtica calidad de la relación buscada por Dios, la constelación conyugal y familiar es sobrepasada; y al mismo tiempo es confirmada, en su irreducible disposición a instituir la experiencia que abre el horizonte de esta relación<sup>1</sup>.

La familia se encuentra precisamente en el centro para poder regenerar el sistema comunitario del orden de los afectos, del que la época actual sufre la carencia, debido a la degradación mercantil y sentimental de las figuras del amor (que conduce a la socialidad emocional y burocrática de los clientes y de los consumidores). En el horizonte cristiano, parece probable que la vocación histórica de la familia cristiana sea precisamente la de permitir que la familiaridad eclesial sintonice en contacto directo con la dispersión social y la aridez afectiva de los individuos.

La Iglesia no sólo no se rinde ante las vicisitudes y heridas de las familias que la frecuentan e incluso la habitan. Ella misma se reensambla, sobre el terreno, en la evidencia de un Pueblo de Dios en camino, a través de los esfuerzos y contradicciones del paso entre las generaciones, hacia la inclusión en el Cuerpo del Señor. En el capítulo VIII de *Amoris Laetitia* (pero en general, en la nueva elocuencia teológica de la *sermo humilis* adoptada por el Papa Francisco, siguiendo la predicación de Jesús), la “descripción” de la forma familiar de la Iglesia también expresa inmediatamente la vitalidad y la persuasión de un testimonio de fe confiado directamente a la habitación –para lo bueno y lo malo- de una red familiar de la circularidad del *eros*, *philia* y *ágape*, en la ciudad secular. Para una

---

<sup>1</sup> Cfr. LG, 9-11.

Iglesia “en salida” en la ciudad secular, la familia cristiana es la “entrada” más elocuente a la forma cristiana. Esta imagen refleja la espléndida “jerarquía” (en el sentido del orden testimonial) de lo que yo llamo la “escena originaria” de la revelación: Jesús, los discípulos, las multitudes. Los discípulos no son perfectos, pero su vínculo especial con el cuerpo del Señor, y su voluntad de seguir al Señor en favor de los demás -mucho antes que por ellos mismos- los convierte en eficaces mediadores del amor salvífico de Dios. Las multitudes son estratificadas a lo largo de todas las gradaciones de la irregularidad religiosa, ética y social. Sin embargo, la atracción y el ánimo que reciben para reunirse en *ekklesia* alrededor de Jesús hace que el profundo afecto del Señor sea evidente y palpable. La comunidad anómala que se reúne alrededor de Jesús y los discípulos, a quienes el Señor anuncia en parábolas y milagros las buenas nuevas de la cercanía de Dios, recibe curación de los males que matan la fe, la esperanza y también el amor entre los hombres. Cada paso dado hacia la liberación del mal, que Dios ha dado a los hijos e hijas de los hombres, en la conversión de la mente y del corazón, es un paso hacia el arraigo de la familiaridad con Dios entre los hombres. El vocabulario familiar de la generación y del cuidado es el más adecuado para iluminar la verdad revelada de este anuncio<sup>2</sup>.

Hoy en día, el vínculo entre los géneros y las generaciones, sufre directamente una profunda incertidumbre en la justicia de las afecciones que lo deben habitar. La familiaridad del *eros* con la *philia* y el *ágape*, inscrita en los efectos del sacramento conyugal, es el testimonio de la posible conciliación entre la verdad del amor humano y la certeza de la gracia de Dios, que la familia cristiana ofrece a la Iglesia para el anuncio de la fe salvífica<sup>3</sup>. Por lo tanto, verosímelmente, la Iglesia ha de prepararse para recomponer la forma vital, y no simplemente legal, de la comunidad a la que se le pide que se reúna en torno al Señor.

---

<sup>2</sup> “La Iglesia es familia de familias, constantemente enriquecida por la vida de todas las iglesias domésticas” AL, 87.

<sup>3</sup> “El amor vivido en las familias es una fuerza constante para la vida de la Iglesia” AL, 88.